



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9738

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

VIERNES 20 DE ABRIL DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL

COMPañIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social:

MADRID, CALLE OLÓZAGA N. 1.

(Paseo de Recoletos.)

Subdirectores:

SRA. VIUDA DE SORO Y COMP.ª

Cartagena, P. Caballos, 15.



GARANTÍAS.

Capital social efectivo. Ptas. 12.000.000
Primas y reservas. > 42.889.747

TOTAL. 54.889.747

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de ptas. 46.226.307,77.

SEGUROS SOBRE LA VIDA.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herreramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar. Efectos de adorno y recreo, mareas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de sartideros, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL. —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42.

Juan de Avila.

No hay historia de nación alguna que pueda presentar una época tan gloriosa como la de España, en aquel incomparable período de

grandeza que, por común consentimiento de historiadores y críticos se llama *el siglo de oro*. El siglo de oro de nuestra Historia es superior al de Pericles, al de Augusto, al de León X al de Luis XIV.

Jamás se vieron al mismo tiempo tantos varones insignes en armas y letras, ciencia y política, y lo que más vale, en santidad. Aquel siglo lo es de los capitanes y soldados, de los poetas y novelistas, de los sabios y de los santos. ¡Admirabilísimo haz de glorias que no podrán borrar ni el tiempo, ni el olvido!

Entre aquellos gigantes del pensamiento, del heroísmo y de la virtud cristiana descolló el venerable Juan de Avila, ante cuya imagen acaba de arrodillarse León XIII, y detrás de León XIII innumerable muchedumbre de católicos de todas las naciones del mundo, entre los que no han sido los menos numerosos nuestros compatriotas, y compatriotas por lo tanto del Apóstol de Andalucía del siglo XVI.

Es curiosa coincidencia la de que

al mismo tiempo sean beatificados dos varones que sucesivamente, en el espacio de dos siglos, merecieron de sus contemporáneos el mismo glorioso dictado *Apóstol de Andalucía* llamaron á Juan de Avila en el siglo XVI, y *Apóstol de Andalucía* llamaron á Fray Diego José de Cádiz en el siglo XVIII.

El Apóstol del siglo XVI no perteneció á ninguna Orden religiosa; fue Sacerdote secular; pero desde el mundo dirigió, y hasta puedo decirse que formó, el espíritu de los grandes religiosos de su época. Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola y San Francisco de Borja tuvieronle por confesor ó consejero, y fray Luis de Granada fue su discípulo. Su palabra, caldeada en el fuego del amor divino, inflamó el corazón de aquel pobre soldado y vendedor de estampas y libritos que se llamó Juan de Dios, y que, después de oír al maestro Avila, se trocó en uno de los mayores héroes de caridad que han resplandecido en el mundo, y que son hoy adorno del cielo.

Los elogios del maestro Avila abundan en nuestra literatura del siglo de oro. «El maestro Avila escribió Fray Luis de Granada, en todo el tiempo que vivió, ni tuvo nada, ni quiso nada, ni nada le faltó; más antes siendo pobre, remedió á nuestros pobres, y así pudo decir aquello del apóstol: vivimos pobres, más enriquecemos á muchos, como quien nada tiene y todo lo posee».

Santa Teresa de Jesús, cuando recibió la noticia de la muerte de Juan de Avila, exclamó: «me dá pena que la Iglesia de Dios pierda una gran columna, y muchas almas un grande amparo.»

El Papa Clemente XII decía de nuestro venerable: «Parece que lo escogió Dios en estos últimos siglos para coadjutor de su redención... á las prendas del Padre Avila se ajusta la idea de un Santo Padre y Doctor de la Iglesia, por la incomparable vene-

ración y aprecio con que se citan sus escritos por los varones más santos y doctores que han florecido en su tiempo; de modo, que apenas habrá arribado á semejante concepto alguno de cuantos venera la España desde aquellos siglos felices, que produjeron los Ildefonsos y Leandros.»

El proceso de beatificación del venerable Avila es muy antiguo. Ya Clemente XIII declaró heroicas sus virtudes por decreto de 8 de Febrero de 1759. Su Santidad León XII, por otro decreto de 12 de Noviembre de 1893, aprobó la información de tres milagros, obrados por la intercesión del venerable Avila. Hoy, el mismo León XIII coloca en los altares al insigne presbítero español, cuya gloria es también gloria de esta patria española, á la que tanto amó el Santo y elocuente Misionero.

TIJERETAZOS

Los riffeños de Benisicar han enviado á Tánger lelegados, para que compren dos cañones de tiro rápido, sistema Maxim.

¡Hola, hola!
Y entrarán esos cañones de contrabando?

A ver, Sr. Moret, déle usted un recadito al cónsul de España en Tánger.

Dice un periódico madrileño que los sucesos de Valencia fueron preparados por los revolucionarios italianos. Podrá ser así, pero no comprendemos qué se proponían esos italianos.

¿Tal vez que dejaran cesante al señor Ribot?

Leemos:
«El juez especial que instruye la causa sobre la bomba de dinamita que estalló en la casa consistorial de Manacor, ha ordenado la detención del jefe de la guardia municipal, quien ha sido preso é incomunicado. Si se confirman las sospechas que se tienen del referido funcionario, parece que el asunto resultará muy grave.»
¿Estamos seguros?

Si se confirman esas sospechas va á resultar, según se desprende de esa noticia, que quien debe descubrir las bombas es el mismo que las pone.
¡Valiente seguridad la que disfrutamos!

Dice «La Vanguardia» de Barcelona: «La familia del oficial primero de Administración militar, «muerto días atrás por los riffeños» al pie de su tienda de campaña, vive en Barcelona. Su viuda, D.ª María Blanco, queda con cinco hijos de menor edad, y en situación precaria. El mencionado oficial fue voluntariamente á Melilla á defender la patria.»

¿En qué quedamos?
¿Ha muerto de enfermedad ese oficial ó lo han matado los riffeños?
Convendría saberlo.

En Barcelona, un borracho injerto en hiena ha dado un mordisco á un guardia municipal y le ha rasgado la guerrera y el pantalón.

¡Pero qué respetuosos resultan algunos prójimos con la autoridad!

Leemos:
«La comisión de Consumos de Gracia ha acordado incluir en la tarifa que regirá el próximo año económico el azafrán y los dulces, que hasta la fecha no satisfacían derechos.»
Así, así.
A poco más se incluirá en la tarifa de consumos el aire respirable.

De un almacén de vinos de Barcelona han robado unos caeos dos bocoyes de vino.

Y cualquier día se llevan los ladrones el muelle entero de Barcelona.
¡Buenos están para andarse con delicadezas los amigos de lo ajeno!

Dice «La Publicidad»:
«El periódico carlista «El Centro», de Valencia, á los católicos valencianos y á los romeros que se embarcaron les llama católicos de pastaflora, porque debieron arrojarlos sobre los alborotadores y morir ó matar.»
Buena es indignarse, pero no tanto. Y ya que el «Centro» opina de ese modo, debía dar el ejemplo á esos romeros que él llama de pastaflora.

474 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

curso era ininteligible para el mayor, aunque por los ademanes creyó ver en sus palabras un tono de contestación más bien que de cólera. Hizo algunos gestos para indicar que no conocía aquella lengua.

—Ninguno de mis hermanos habla francés ó inglés? preguntó enseñando Duncan en francés, mirando sucesivamente á los que estaban más cerca con la esperanza de que alguno de ellos le contestara.

La mayor parte se volvió hacia él como para oírlo mejor, pero nadie le respondió.

—Me desagrada creer, dijo Hayward siempre en francés, y hablando despacio con la esperanza de que lo entendieran mejor, que en esta valerosa y discreta nación lo haya nadie que entienda la lengua de que se sirve el Gran Monarca cuando habla á sus hijos. Tendría un peso sobre su corazón, si creyera que sus guerreros rojos sentían tan poco respeto hacia él.

Significó á estas palabras un prolongado silencio: sobre todos los semblantes se veía una gravedad imperturbable, y ni un gesto, ni una mirada indicaban qué impresión habían producido.

Duncan sabía que el silencio es una virtud entre los salvajes, y resolvió dar el mismo el ejemplo, aprovechando aquél intervalo para poner en orden sus ideas.

Por fin, el último guerrero que ya le había habla-

EL ULTIMO MOHICANO.

475

do, dijo en tono seco y sirviéndose del patné francés del Canadá:

—Cuando nuestro padre el gran monarca habla á su pueblo, se sirve de la lengua de los Hurones?

—Habla á todos en la misma lengua, no hace distinciones entre sus hijos sea cualquiera el color de su piel, blanca, roja ó negra, pero aprecia muy especialmente á los Yengeese.

—Y de qué modo hablará, cuando le presenten las cabelleras que hace cinco noches crecían en las cabezas de los Yengeese? (1)

—Los Yengeese eran sus enemigos, dijo Duncan estremeciéndose, y dirá: Esto es bueno; mis Hurones han sido valientes como siempre.

—Nuestro padre del Canadá no piensa de ese modo. En vez de mirar hacia delante y recompensar á sus indios, mira hacia atrás... Va los Yengeese muertos y no vé los Hurones... Qué quiere decir eso?

—Un gran jefe como él, tiene más ideas que lengua. Mira hacia atrás, para ver si algún enemigo sigue sus huellas.

—La canoa de un enemigo nuestro no puede flotar sobre el Hórican, respondió el Huron con aire sombrioso. Sus oídos están abiertos para los Delawarees, que

(1) Los Ingleses.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA. 478

Los guerreros que llegaban se detuvieron á un centenar de toesas de las cabañas. Sus gritos cesaron. Uno de ellos dió algunos pasos y llamó en alta voz á los muertos. De este modo anunciaba la victoria que habían conseguido: sería difícil dar idea de las demostraciones de alegría con que fué acogida esta noticia.

Todo el campamento ofrecía un aspecto de tumulto y confusión. Los guerreros desenvainaban sus cuchillos y los blandían en el aire: ordenados en dos filas formaban una calle que se extendía desde el sitio en que se habían detenido los vencedores, hasta la puerta de la cabaña de donde Duncan acababa de salir. Las mugeres cojían palos, hachas, la primer arma ofensiva que encontraban, y se ponían en fila para tomar parte en la cruel diversión que iba á tener lugar. Hasta los niños querían hacer lo mismo, quitaban del cinturón de sus padres el tomahawk que apenas podían sostener y se colocaban entre los guerreros para imitarlos.

Habían hecho en un momento diversos montones de ramas en medio del claro, y algunas viejas se ocupaban en prenderles fuego para hacer visibles los sucesos que iban á tener lugar.

A pocos pasos delante de los guerreros que acababan de llegar estaban dos hombres, que parecían los destinados á representar el papel principal en la es-